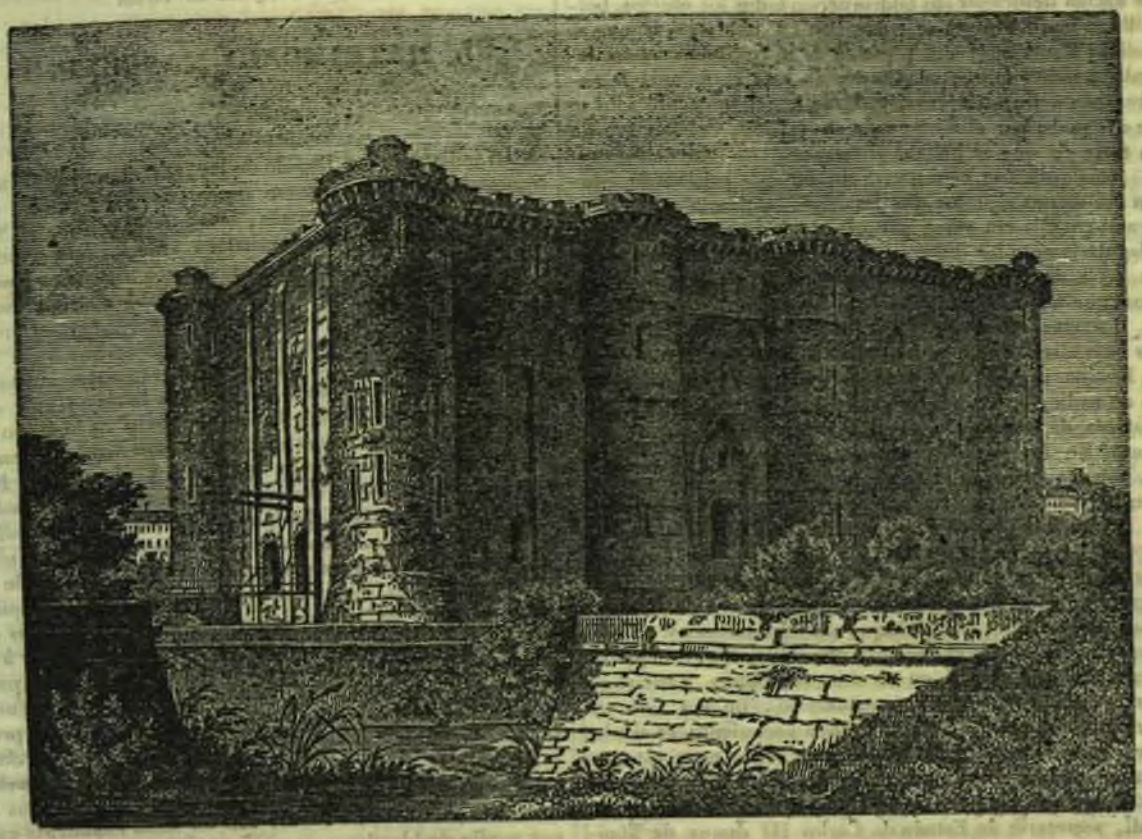

LA BASTILLA.

De todas las cárceles de estado de que se hace mérito en la historia de Francia, *la Bastilla* es sin duda alguna la mas célebre, tanto por los hechos verdaderos ocurridos en ella, como por las fábulas à que ha dado ocasion: pocas palabras nos bastaràn para justificar nuestro aserto, luego que hayamos dado algunas noticias de su historia. La primera piedra de esta fortaleza fue colocada en el reinado de Cárlos V, pero entonces no se trataba de formar un cuerpo de edificio, sino de construir dos torres que guarneciesen la puerta de S. Antonio. Algunos años despues se levantaron otras dos torres, y las demas no lo fueron hasta el reinado de Cárlos VI. El grabado que presentamos dará á nuestros lectores una perfecta idea del aspecto que conservó aquel monumento durante algunos siglos. Consistia en una serie de torres dispuestas en paralelógramo y unidas por elevados muros guarnecidos de almenas. La parte interior del edificio se dividia en dos patios, uno de 102 pies de largo por 72 de ancho; otro de 72 por 42. Las torres estaban destinadas para morada de los presos. Los muros tenian 12 pies de grueso por la base y 6 por la cima. Dobles puertas de encina del grueso de tres pulgadas defendian la entrada. Una escalera de caracol conducia à las habitaciones de la torre y servia de descenso à los calabozos subterráneos. Estos calabozos recibian la claridad por lucernas estrechas defendidas por rejas de hierro que daban à los fosos. Alli dicen que fue donde Luis XI hizo encerrar à los principes de Armagnac. En cada torre habia cuatro tramos, y cada uno de ellos era una prision: el cuarto estaba envobedado y se llamaba *la calotte* (capelo ó solideo). Cada habitacion tenia una ventana con dobles rejas cuyo espeso herraje apenas dejaba penetrar la luz: en todas las piezas se permitia hacer fuego escepto en los calabozos subterràneos.

La custodia de esta temible mansion estaba confiada á un gobernador que se titulaba *teniente de rey*, á cuyas órdenes se hallaba una compañía de infantería. Habia ademas un mayor, dos ayudantes, un médico, un cirujano, un limosnero y cuatro carceleros. Para atender al sustento de los presos concedia el rey una suma diaria proporcionada al rango del detenido. He aqui la curiosa tarifa.

Por un príncipe de la sangre 50 libras: un mariscal de Francia 36; un teniente general 24; un sugeto de distincion ó miembro del parlamento 15; un juez ó un sacerdote 10; un ciudadano recomendable 5. Estas diversas cuotas eran sin duda muy suficientes, porque si se leen con atencion cuantas memorias se han publicado por sugetos que han estado presos en la Bastilla, en ninguna se encontrará la mas pequeña queja contra el régimen de la carcel; y no podia menos de suceder asi, porque al fulminar un decreto de encierro (*lettre de cachet*) se trataba mas bien de separar del mundo á un hombre temible por su audacia ó por sus talentos, que de hacerle sufrir una pena corporal.

El exento de policía encargado de la ejecucion de uno de estos decretos se presentaba por lo comun al amanecer; mandaba abrir *á nombre del rey*, y para evitar toda resistencia cuidaba de ir bien acompañado. Hacia una exacta pesquisa en la habitacion, abria los escritorios, examinaba los papeles, y ponia su sello en los que le parecia debian remitirse al teniente de policía. Despues de haber hecho sufrir al detenido una especie de interrogatorio, cuyo principal objeto era dirijido à averiguar la identidad de su persona, le hacian subir al carruage y no descendia de él hasta haber pasado el puente levadizo de la Bastilla. Condu-

cianle à una estancia llamada sala del consejo donde sufria un nuevo interrogatorio semejante al primero; en seguida le hacian desocupar sus faldriqueras: todos los objetos, bolsillo, dinero ó joyas se colocaban en una caja, la que se sellaba à presencia del preso, y se le restituia cuando llegaba à salir en libertad. Concluida esta ceremonia le entregaban à los carceleros, y desde aquel momento solo se le designaba por el número de su prision, y el nombre de la torre en que se hallaba encerrado.

Cualquiera se convencerà de que esta prision de estado era menos rigurosa que las demas, y que la mayor desgracia en ella era verse privado de la libertad, sin poder disputarla ante los jueces, ni aun prever la época en que le sería devuelta. Sin embargo, no hay historia maravillosa que no se haya atribuido à la Bastilla.

La mas estraordinaria es la del *Máscara de hierro*. Es cosa cierta que á principios del siglo pasado existia en la Bastilla un reo de estado que no permitian fuese visto de nadie, y hasta à los médicos se presentaba bajo una màscara de terciopelo negro, sujeta por braceletes de acero. En los procesos verbales consta que al tiempo de su muerte ocurrida el 19 de noviembre de 1703 quemaron sus vestidos, su ropa blanca y todos los muebles que le habian servido como si temiesen que quedase en ellos alguna espresion reveladora de aquel secreto. Corrió la voz de que era un gran personage; mas ningun sugeto de alguna consideracion faltó en aquella época de Europa: unos decian que era el duque de Montmout, y se sabe que pereció sobre el cadalso: otros que era el duque de Beaufort, que murió en el sitio de Candia. Voltaire no temió afirmar que el preso misterioso, no era sino un hermano gemelo de Luis XIV cuyo nacimiento se ocultó por consejo del cardenal Richelieu. Todas estas estrañas conjeturas han llegado á desvanecerse, y lo que parece indudable es que el *Máscara de hierro* era el conde Methioli, secretario de Estado de Carlos III duque de Mantua. Este diplomàtico habia vendido los intereses de la Francia á precio de oro en una negociacion secreta con motivo del fuerte de Casal. Luis XIV que se vió burlado resolvió vengarse, atrajo al italiano al territorio francés, y dispuso sumerjirle en un calabozo por el resto de sus dias. Esta violacion del derecho de gentes en la persona de un diplomático podia encender guerras prolongadas, y de ahi provino la resolucion de guardarle en secreto, y todas las precauciones para tener al preso en la mas estrecha incomunicacion. Este descubrimiento hecho hace poco en los archivos públicos, destruye cuantas ingeniosas fábulas pudieron inventarse.

Aquella temible fortaleza que tan funesto papel habia representado siempre en la historia de Francia, fue por decirlo asi, la piedra de toque de su famosa revolucion. El pueblo de París atacàndola formidablemente, consiguió rendirla y tomarla por asalto el dia 14 de julio de 1789. Mr. de Launay su gobernador fue hecho prisionero y decapitado: derriváronse las puertas de las prisiones, pero solo se hallaron siete presos, à quienes condujeron en triunfo por la ciudad. Posteriormente se mandó demoler, y las piedras se destinaron para la construccion del puente de la Concordia.

La asamblea nacional decretó en 1792 la formacion de una plaza en el terreno que ocupaba la Bastilla. Durante el imperio de Napoleon y en 1808 se colocó en aquel sitio la primer piedra de una fuente triunfal y se erigió un elefante colosal que aun existe de 50 pies de largo por 45 de alto; posteriormente ha habido mil proyectos sobre esta plaza, hasta que despues de la revolucion de julio se decretó un monumento en memoria de ella y de la de 89, y en su consecuencia el 27 de julio de 1831 el rey Luis Felipe puso la primer piedra. Este monumento consistirà en una columna de 140 pies de elevacion y de bronce, que sostiene à la estatua alada del genio de la libertad, y en cuyo pedestal se han de leer los nombres de las víctimas de 1789 y de las de los tres dias de julio de 1830.

EL MATRIMONIO MASCULINO.

CUENTO.

Un indiano recien llegado de las Indias tan lleno de avaricia como de riqueza, y tan encuartelado en su casa como la tortuga en su concha, se titulaba vecino de Madrid en un año de la era cristiana anterior á la creacion del romanticismo. Era viudo y tenia una hija única llamada Luisa, que despues del oro conservaba el primer lugar en su corazon; ó por hablar con mas propiedad, el oro y la bella Luisa ocupaban el mismo, puesto que hasta los sueños del pobre diablo amalgamaban estas dos imágenes seductoras representandole à veces à la hermosa niña estendiendo su blanca mano hacia la antorcha de himeneo en la cual la impura y terrea sustancia de los dedos se derretia y trasformaba en dorada lluvia del precioso metal. Fácil es concebir que la casa de este avaro, de este padre de hierro, no tendria dos puertas ni sería tan accesible como el palacio de Edelmira, y que por consecuencia ningun temerario Otelo osaria penetrar en el alcazar de la Danae prisionera. Mas no obstante el amor, ese intrépido rapazuelo cuya audacia y descaro en nada ceden á los de algunos pretendientes de oficina, habia logrado atisvar à la muchacha por la rendija de una puerta, y esto bastó para que se riyera altamente de la vigilancia del viejo. Es, pues, el caso que un jovenzuelo aspirante à patillas y con pretensiones de noble, se llegó à enamorar con *furor de la dote* y dotes de la niña Luisa, y aburrido de rondar de noche sin ser alcalde, y de arrullar á un nido donde vigilaba el mochuelo; trató de asesorarse con un habil confidente que por medio de blandos y amorosos billetes pusiese en noticia de su amada los tormentos que padecia. ¿Pero en donde buscar este ente benéfico, si la familia del indiano era invisible, el castillo de bronce y el argos tan vigilante? Dudó, discurrió, consultó con la almohada, y bailando de idea en idea vino à fijarse al cabo en la *tercera* persona de.... de.... perdonen VV, del aguador Toribio.

Este fracmento de la especie humana, que andaba en dos pies á pesar de su natural tendencia à sostenerse en cuatro, fue el elegido Mercurio; y en menos tiempo que se aparejа un pollino, penetró la idea del mozuelo, le aseguró su proteccion, y metió en la mugrienta cartera el amoroso billete y los derechos del corretage. Como su honrada profesion le proporcionaba los medios de penetrar impunemente en las cocinas, creyó su empresa mas facil de lo que era en realidad, y satisfecho de sí mismo fué à disipar catorce maravedises en la taberna de un paisano. Llegó la hora, aquella hora destinada para cumplir con su mision, y aconteciòle lo que al soldado visoño que se pone por la vez primera al frente del enemigo, palidecer, temblar y morderse los dedos dejando ileso el cartucho. Tres veces se acercó lentamente à la tinaja, tres veces dejó la carga en el suelo, y otras tantas miró al soslayo à la señorita que bordaba en una pieza inmediata, sin atreverse à hacerla siquiera una seña con las orejas, ni à destapar el cartapacio de cuero que pendía de su cintura. Fatigado, en fin, de sostener la lucha afanosa que en su interior padecia, destapó con violencia la cuba, el agua se precipitó en raudales, y él quedó apoyado tristemente sobre la tinaja como el misantropo Hervey sobre el borde de una tumba. Salióse pensativo en seguida maldiciendo su cobardía y arrastrando tras si con lentitud la perezosa puerta. ¿Mas qué no puede el interés, ó por mejor decir, qué no puede un gallego?— Temeroso de enojar á su bienhechor y deseoso de escuchar otra vez el sonido de su plata, và, y ¿qué hace?—Bájase callandito à la cuadra, coge el tintero de

cuerno que le servia para los asientos de la compra, y sin encomendarse á las musas á quienes jamás habia conocido en su tierra, se pone á forjar una carta amorosa con tanto ahinco, gracia y desembarazo como si echara un remiendo á los calzones. El arcipreste de Hita nada habla del contenido de esta esquela, y refiere solo que fue puesta en manos del elegante enamorado, de quien mereció la aprobacion; lo que prueba el buen gusto de aquella época, á pesar de no haber nacido aun el Han de Islandia y la Galería fúnebre de sombras ensangrentadas. Por abreviar el cuento diremos, que el socarron aguador viendo cuán fácilmente habia salido de su apuro, siguió empleando con frecuencia tan ingeniosa estratagema, y à favor de cuatro borrones y una docena de mentiras, logró persuadir al amante de su señorita á que era correspondido, devanàndole los sesos como decirse suele, y haciendo verdadero aquel título de comedia

A falta de hechiceros
Lo quieren ser los gallegos.

Todo fueron felicidades para él por espacio de algun tiempo. Embrollaba de dia, forjaba de noche sus epístolas à la luz del candil, y recogia à monteradas las dádivas y las bendiciones. Mas un destino fatal que preside los pasos de todos los mortales, bien sean criados en Europa ó nacidos en Galicia, se interpuso entre él y la fortuna, cual otra sombra de Nino desvaneciendo sus proyectos y disipando sus dichas. El sucedido sucedió como van VV. à oir.

Cierta noche en que el padre de Luisa examinaba unas mugrientas listas del gasto de la plaza, asaz llenas de borrones, grasa y otros desperdicios, tropezó con un papelito pintorreado de corazones, flechecitas, pichoncitos y cupidillos, que estaba metido entre las hojas, y atizando la untosa bela de sebo que ardia sobre el bufete, leyó con estupefacta sorpresa lo que sigue:

Mi adorada Luisa: por mas que te busco por todas partes con los ojos del lince, tu padre me acecha con los del zorro, y no haremos cosa de provecho. Todas tus cartas me dicen siempre una misma cosa, lo que hasta cierto punto no es malo, porque es el único medio de que pueda descifrarlas. Permita el Cielo que jamás me crezca la barba, que equivale á decir, lléveme el diablo, si no me muero por hablarte, y si no tengo envidia á la cuba de Toribio, que pasa todos los dias tan cerca de tí. Adios tortolita encarcelada, cuando veas la jaula abierta, vuela hácia este tórtolo atolondrado que por tí suspira.—Rafael Agapito de Melgarejo. Dió vueltas por todas partes al misterioso papel y vió que al reverso decia:

Miu Siñor i despreciadu amante Agapitu: desearé qe el recibu destas miñas letras te ayes buenu á Dios gracias i tan incunpleta salú como yo para mi deseu: non pueda figurarte lo qe te quieru y asi Dios me salbe sinon te quieru con las niñas de mis ojos, pues eres mui bunitu y tienes muchu saber: pues non te vioi espresiones paru todus tus parientes, pues no se si los tienes y pasalo bien por muitos años en compaña de todas las personas que mas de tu agradu fueren y manda á tu querida nobia y Esposa que lo es—Luisa Andréa de Ballespin — Mas abajo se veian escritas estas palabras en el mismo carácter gótico de la carta anterior que hemos traducido lo menos mal posible. — *Pan treinta quartus.... tucinu veintiséis.... garbanzus doce.....,..... llebóme en el igadu un ochabu mas.*

No menos sorprendido quedó el indiano con la lectura de esta estraña miscelánea, que el chiquillo gloton á quien arrebatan sin sentirlo una torta de la mano; y como todo avaro es caviloso, dióse á discurrir mil quimeras que hubieron de ponerle de muy mala catadura. —¡ Que suba Toribio, que suba Toribio, gritó con temblona y colérica voz! — Yo quiero penetrar este misterio.... y púsose á pasear como loco leyendo y releyendo el malhadado billete. Subió en efecto Toribio que dormia profundamente en un pesebre el dulce sueño del vino, y entre los dos pasó la escena animada que VV. pueden imaginar; resultando al cabo del coloquio que el pobre diablo no encontrando razones para sincerarse, cantó de plano y se entregó á discrecion como pollino á quien sorprende el guarda pastando el verde de un sembrado. ¡Válgame Dios y cuál fue la colera del viejo al saber toda la historia de su deshonra! Digo que fue tanta que atropellando el decoro debido *al portador* del agua, le hizo dos mil arañazos en el rostro, como si tratase de pagarle sus salarios en *inscripciones*; hecho lo cual, encerróle en un cuarto sin luz que servia para depósito de ciertos vasos escusados.—Dejémosle aqui ayunar por espacio de dos dias, y trasladémonos al jueves, porque esta escena debió acaecer en martes segun lo aciago del suceso.

Eran las doce, y el acicalado D. Rafaelito paseaba impaciente la calle de su querida esperando al patudo y tardo mensagero, cuando descubrió à un criado que le hacia señas desde un balcon de Luisa para que subiese. Al punto que esto vió, subió á galope la escalera enagenado de gozo forjando en su imaginacion mil castillos de viento, mil lisongeras esperanzas.—¡ Una cita, decia en su interior!—¡Una cita !—¡oh! y cuán dulce es la primera cita de una bella!—Empapado en esta idea, atravesó un largo corredor, despues una sala, en seguida dos ó tres piezas interiores, y llegó por último al aposento del indiano sin despertar de su éstasis. Abrió los ojos por último y quedó asombrado al encontrarse en presencia de tres personages desconocidos.—Uno de ellos envuelto en una larga bata y cubierta la cabeza con un gorro de pieles, estaba sentado en un sillon fumando su cigarro con soñolienta flema.—Los otros dos, situados con una importancia diplomàtica alrededor de un bufete, mostraban pertenecer (con temor séa dicho) al honrado concejo de la Curia.—Tres ó cuatro minutos permanecieron mudos mirándose unos á otros estos cuatro actores, hasta que al fin rompiendo el silencio el hombre de la bata (à quien la turbacion del mancebo impidió al pronto reconocer por su presunto suegro) dijo con imponente gravedad.—¿Sois vos el que se titula D. Rafael Agapito de Melgarejo?—Y un humilde servidor vuestro, contestó este haciendo una reverente inclinacion de cabeza.—Está bien, prosiguió el interrogante; celebro conocer al sugeto que ha mancillado mi honor y perturbado la tranquilidad de mi casa.—¡Mancillado vuestro honor..... !! Estais mal informado, caballero; mi delicadeza..... mis principios.....—Sí, vuestra delicadeza os conduce á rondar noche y dia la casa de una dama principal y escribirla billetes con el objeto de seducirla. Tomad; ahi teneis la prueba de vuestros principios. ¿Reconoceis esa rúbrica? (y presentóle la carta que el lector ya conoce)—Si Señor, es la mia; no puedo negarlo.—¡Señor notario, apuntad que reconoce esa esquela por suya! ¿Y esta otra firma la conoceis tambien?—¡Sí, sí,.....no me cabe duda: es la de mi amada..... de mi cara Luisa! (y aplicóla con entusiasmo à los lábios).—¡ Notario, escribid á continuacion esta respuesta! ¡ Jóven imprudente, añadió, sabeis lo que habeis hecho.....? Pero es inútil toda reconvencion. Un medio queda de lavar la mancha que echásteis sobre mi familia y de evitaros un infame destierro, sí, un destierro, porque habeis confesado vuestro crímen y hay testigos que lo acrediten. Resolvéos á elegir este partido, ó sinó.....!!—Qué partido es ese, decid?—El matrimonio!—¡ El matrimonio! ¿qué decis, padre mio? ese es el término à que aspiro, esa es la dicha que apetece mi corazon... vos labrais mi felicidad con esa consoladora palabra.—Pues si es cierto que tal sientes, júralo por la cruz de este rosario. Haz protesta solemne ante Dios que te vé y ante los hombres que te escuchan que darás la mano de esposo à la humana criatura que firmó este papel, á la misma que se-

duciste y que yace encerrada en aquel lóbrego retrete espiando sus estravíos. — ¡ Yo lo juro, yo lo juro! clamó entusiasmado el mancebo. — ¡ Escribano, haced público este contrato; estended la clausula matrimonial en los terminos espresados, y presentádmele despues para que lo firmen los contrayentes. — D. Rafael Agapito de Melgarejo, entrad á visitar à vuestra futura que ha templado ya mi cólera con su penitencia. Ahi teneis la llave de su prision.

El jóven abrió la puerta presuroso, distinguió un vulto que se movia, abalanzóse á él con los brazos abiertos esclamando ¡¡¡ Luisa, Luisa! Querida esposa.....!!! y una atronadora carcajada estalló en la sala de los jueces al percibirse la ronca voz del gallego que contestó: — *Non soy esposa, que soy Toribio.*—

C. Diaz.

AEREOSTATICA.

(Primer artículo.)

GLOBOS.

De cuantos nuevos descubrimientos debemos á las ciencias, ninguno ha producido mas sensacion que el de la *Aereostática* ó de los *Globos*, cuya esperiencia data de 1783. Pero por una fatalidad que la historia de las ciencias presenta en numerosos ejemplos, todo aquel ruido, todo aquel estrépito, hasta el dia no ha ofrecido ninguna utilidad positiva; ni han servido mas que para satisfacer de cuando en cuando la curiosidad en los públicos festejos; mientras que otros descubrimientos apenas conocidos fuera de la esfera del mundo inteligente, han recibido una multitud de aplicaciones útiles, ya á las artes industriales ó ya á la economía doméstica, y han mejorado singularmente la condicion de la especie humana.

Sea lo que quiera, esta invencion está esencialmente comprendida en el objeto de nuestro periódico, para que dejemos de dar á conocer á nuestros lectores los principios sobre que estriba y la historia de su descubrimiento y aplicacion.

Es una ley bien conocida de la física que siempre que un cuerpo cualquiera se sumerge en un fluido mas pesado que él, este cuerpo sobrenada: asi es como un pedazo de corcho nada sobre el agua, y una bala sobre el mercurio. En fuerza de la misma ley las nuves nadan sobre el aire; con la diferencia empero de que no se conservan à la superficie superior de la capa de aire que circunda la tierra, sino á una elevacion en la que un volúmen de aire igual á su propio volúmen tenga precisamente un peso igual al suyo.

Luego si un cuerpo cualquiera es mas ligero que un volúmen igual de aire en la superficie de la tierra, se elevarà; pero encontrará sucesivamente capas de aire de mas en mas ligeras, y concluirà por permanecer suspenso en la capa, cuyo peso en igual volúmen sea semejante al suyo.

Toda la teoría de los globos descansa sobre este principio. Los hermanos *Montgolfier* manufactureros de Annonay, fueron los primeros en aplicarla; construyeron al efecto una cubierta á la que dieron la forma de un globo cuasi esférico, de 35 pies de diámetro ó 110 pies de circunferencia, y capaz de contener 22,000 pies cúbicos; su materia era tela forrada en papel. En la parte inferior habian dejado una ancha brecha, por bajo de la cual quemaron paja que produciendo un fuego muy activo, introdujo en la cubierta 22,000 pies cúbicos de aire caliente, y por consiguiente mucho mas ligero que el aire que le rodea; porque una de las propiedades del calor, es dilatar los cuerpos que penetra, y hacerlos ocupar un volúmen mas considerable que cuando están frios. Asi es que el volúmen del aire cálido á la temperatura del agua cociendo, es un 37 por 100 mas considerable que à la temperatura de cero, y à la 250° es cuasi doblado. Este aire asi dilatado en el interior del globo, tendia á elevarse, y no esperimentaba otra resistencia que la del peso de la cubierta. No tardó en aligerarse lo bastante para que su peso fuese menos considerable que un volúmen igual de aire esterior, y el globo se elevó magestuosamente en los aires.

Esta esperiencia fue prontamente repetida en varias partes, y siempre con el mismo éxito, segun nos detendremos à manifestar en otro artículo, recorriendo la historia de las mas notables ascensiones verificadas hasta el dia.

A pesar de tan brillantes resultados eran demasiado evidentes los peligros de semejante empresa, para que dejasen de buscarse algunos medios de suprimir el empleo del combustible que podia incendiar la máquina en el alto de los aires, y precipitar à los viageros como sucedió el 15 de junio de 1785, à *Pilatre de Roziers* y á *Romain*.

Charles, à quien la física es deudora de tantas esperiencias, tuvo la feliz idea de encerrar en una ligera cubierta un gas (el *hidrógeno*), que es quince veces mas ligero que el aire. La esperiencia produjo el resultado mas completo el 27 de agosto de 1783, y desde aquel momento desapareció casi enteramente el peligro de las ascensiones aereostáticas. El principio de Charles presentaba à mas la inmensa ventaja de reducir considerablemente las dimensiones del globo, á causa de la estrema ligereza del gas que empleaba, mientras que los Montgolfieros debian tener un volúmen enorme, puesto que el aire cálido que les servía de vehículo, tenia un peso equivalente al menos á las dos terceras partes del aire esterior.

Verdad es que los gastos que ocasiona el llenar el globo son mas subidos cuando se emplea el hidrógeno; pero este dispendio està suficientemente compensado por la seguridad que ofrece al aereonauta.

La operacion es de las mas sencillas; consiste en poner *raspaduras* de hierro (virutas producidas por el torno), en toneles que se cierran herméticamente despues

de haber echado ácido sulfúrico disuelto en agua; esta se descompone; su oxígeno se une al hierro, y el hidrógeno que se desprende, se introduce por medio de tubos en el globo.

PARACAIDAS.

Es bien sabido que el aire opone una resistencia á los cuerpos que se mueven con cierta rapidez; y cuanto mayor sea esta rapidez tanto mas grande es la resistencia. La esperiencia ha demostrado que para un mismo cuerpo si la rapidez es doble la resistencia del aire es cuadruple; si la rapidez es triple la resistencia es nueve veces mayor: ó en fin hablando el lenguage de la ciencia la resistencia del aire aumenta como el *cuadrado* de la rapidez del cuerpo en movimiento. Resulta de este principio que cuando un cuerpo cae en el aire la aceleracion de rapidez que desde luego esperimenta vá siempre decreciendo hasta que la rapidez queda uniforme. Esta resistencia se aumenta en razon á la superficie del cuerpo en movimiento, de forma que aumentando la superficie de un cuerpo que cae, la uniformidad de su rapidez se establece con corta diferencia del origen de su movimiento. Asi es que puede atenuarse la caida de un cuerpo dándole un gran desarrollo de superficie.

Bajo este principio se construyeron los *paracaidas*. Ya en 1784 Mr. *Lenormand*, hoy profesor de tecnologia en París habia hecho algunas esperiencias al efecto; pero hasta 1802 no se hizo la primer seria tentativa. M. *Garnerin* fue quien concibió el atrevido proyecto de dejarse caer de mas de 200 toesas de elevacion, lo que ejecutó á vista de todo París: llegado á aquella altura el intrépido aeronauta cortó la cuerda que sujetaba la barquilla al globo. La caida fue con una rápida celeridad, pero no tardó en desplegarse el paracaidas, y la rapidez disminuyó considerablemente. El paracaidas no dejaba de sufrir enormes oscilaciones, efecto del aire que se acumulaba debajo. Este aire al evadirse tan pronto por un lado como por otro, producia sobre el

paracaidas una série de sacudimientos que felizmente ningun resultado funesto produjeron. Posteriormente han logrado evitarse practicando en el centro del paracaidas un tubo de alguna elevacion por el que el aire puede evadirse sin impedir la resistencia que disminuye la rapidez de la caida.

La direccion de los globos ha sido desde los primeros momentos de su invencion, y aun es en el dia objeto de una multitud de tentativas hasta ahora infructuosas. La primera dificultad que se opone es esa misma resistencia del aire tan útil para la descension en paracaidas. Esta resistencia se aumenta considerablemente por las corrientes de aire que aun en los tiempos de mayor calma reinan constantemente en las altas regiones de la atmósfera, y á las cuales la inmensa superficie de los globos ofrece una presa considerable. La rapidez con que para vencer este obstáculo habrian de agitarse las alas ó remos de que han querido valerse estan fuera de toda proporcion con las fuerzas musculares de los hombres que se empleasen en moverlas. Si en vez de la fuerza humana se recurriese á la de las máquinas, la de vapor por ejemplo, las dificultades serian aun mucho mayores, porque para sostener el peso de la máquina habrian de aumentarse considerablemente las dimensiones del globo que por consiguiente ofreceria aun mayor objeto á las corrientes del aire.

La objecion comun que á esta demostracion se hace es la de que las aves vuelan y se dirigen con la mayor facilidad. Pero un poco de reflexion bastará para persuadirse que la estructura de las aves es totalmente diversa de la que generalmente se dá á los globos. Desde luego poseen una ligereza especifica; sus huesos estan huecos y presentan una gran solidez á pesar de la poca materia que los compone; sus plumas y principalmente el cañon, ofrecen esta propiedad en el mas alto grado; en fin sus músculos pectorales destinados á agitar sus alas tienen una fuerza enorme en comparacion con el peso y volumen de su cuerpo. Asi pues parece que el problema de la direccion de los globos debe permanecer insoluble ínterin no se halle una materia que como las plumas de las aves reuna una gran solidez á una estremada ligereza; y aun asi será necesario que estas materias sean susceptibles de servir sin deteriorarse á la construccion de los aparatos motores que hayan de usarse.

(El segundo artículo en el número próximo.)

EFECTOS DE LA IMAGINACION

SOBRE EL FÍSICO DEL HOMBRE.

Hace algunos años que un célebre físico, autor de una escelente obra sobre los efectos de la imaginacion, quiso unir la práctica á la teórica con el objeto de patentizar la solidez de sus reflexiones. Al efecto rogó al ministro de Justicia de Francia le permitiese probar lo que predecia, con un criminal condenado á muerte; consintió el ministro y le hizo entregar un célebre asesino que habia nacido en una clase distinguida. Preséntase á él el sábio y le dice: «Amigo mio, varios sugetos que se interesan por la reputacion de vuestra familia, han conseguido del ministro á fuerza de instancias, que no se ejecute vuestra sentencia en un cadalso á presencia del populacho; ha sido pues conmutada y se ejecutará en el interior de la cárcel, mediante una sangría en los cuatro miembros, lo que os proporcionará una muerte tranquila y sin angustias.» El criminal se sometió á su suerte creyéndose feliz en no subir al cadalso, y juzgando que su nombre y el de su familia sufririan menos afrenta. Le conducen al sitio designado, donde todo estaba preparado de antemano; le bendan los ojos, y á la señal convenida despues de haberle atado sobre una mesa, le pican levemente con la punta de una aguja en piernas y brazos. Se habian preparado á los estremos de la mesa cuatro fuentecitas llenas de agua que cayese poco á poco en cubetos destinados al efecto

El paciente, creyendo que era su sangre la que producia aquel sonido, se debilitaba por grados, pero lo que mas le sostenia en el error era la conversacion que en voz baja seguian dos médicos colocados exprofeso en aquel sitio: «¡hermosa sangre! decia uno de ellos, ¡qué lástima que á este hombre le hayan condenado á muerte! á no haber sido esto hubiera sin duda vivido muchos años.—¡Chito!, replicaba el otro; y luego acercándose al primero continuaba en voz aun mas baja, pero no tanto que dejase de oirlo el criminal.—«Cuanta sangre tiene el cuerpo humano?—Veinte y cuatro libras. Ya se han estraido diez, y por consiguiente este hombre ya no tendria remedio;» en seguida se retiraban pausadamente y hablaban mas bajo. El silencio que reinaba en aquella estancia y el monotono ruido de las fuentes que no cesaban de destilar debilitaron de tal modo la cabeza del pobre paciente, que aunque gozaba de una vigorosa constitucion se fue acabando poco á poco y murió sin haber perdido una onza de sangre.

CHATEAUBRIAND.

Mr. de Chateaubriand es uno de aquellos hombres á quien el cielo reservàra la mas dichosa satisfaccion que un mortal pudiera apetecer; tal es la de ver brillar su nombre con una reputacion universal, la de asistir al triunfo de todas sus obras, el verlas traducir en todos los idiomas, el gozar en fin de su propia gloria, debida únicamente á la superioridad de su talento. Oirse saludar por la Europa entera con el sublime título de hombre de genio, es sin duda alguna la mas elevada *dignidad* á que pueda aspirar un hombre, dignidad que iguala sino aventaja á todas las demas. Si, bajo otro punto de vista, la suerte ha sido menos propicia á Mr. de Chateaubriand, no por eso dejará de ser uno de los grandes hombres de nuestra época, como uno de sus primeros escritores, de sus mas admirables talentos.

Cada dia se alejan mas de nosotros aquellos tiempos en que el espíritu de partido triunfaba de la justicia y de la verdad. Van desapareciendo aquellos dias en que nadie se creia obligado á confesar el mérito de los que pertenecian á una opinion contraria, ó combatian bajo distinta bandera; se acerca ya la época de la buena fe, de la conciencia, en que habremos de estimar á los hombres por su verdadero valor; cualquiera que sean sus opiniones. Entre nuestros jóvenes lectores, es sobre todo donde el grande escritor cuyo retrato ofrecemos hallará la justicia que se le debe, porque no son de aquellos que correo la envidia, que anima el espíritu de partido. Son estudiosos y buscan la ciencia donde quiera que se les presenta sin trabas ni dispendios; buscan asimismo con ardor todo lo que puede ilustrarlos sobre los hombres y sobre las cosas, y cuando encuentran que admirar, lo hacen con tanto mas placer, cuanto que se envanecen con la gloria de sus contemporáneos.

En estos tiempos de revoluciones y prodigios, de triunfos y reveses, de elevaciones y caidas, Mr. de Chateaubriand ha ofrecido un ejemplo de las vicisitudes humanas, y de lo que puede un alma fuerte y una elevada penetracion. El cielo al hacerle nacer de una familia no

ble, rica, feliz y distinguida, no parecia reservarle una carrera de viages peligrosos, de trabajos inmensos en literatura, y de luchas contínuas en política. Pero el gran sacudimiento de 89, que debia salvarlo todo y que todo lo perdió, alcanzó tambien á Mr. de Chateaubriand. Muy jóven entonces y persuadido de que su vocacion era la de las armas, entró al servicio; pero lo mas admirable es que su padre queria sirviese en la marina, su madre que abrazase el estado eclesiástico, y lo que sucedió es que hizo dilatados viages por la mar, y que él fue el primero que se presentó á levantar de nuevo el símbolo del cristianismo, que las pasiones desordenadas de 93 habian derrivado. La revolucion encontró á Mr. de Chateaubriand en las filas del ejército. He aqui como él mismo espresa su salida de Francia en aquella época.

«Yo era subteniente con grado de capitan del regimiento de caballería de Navarra. Los soldados de este regimiento, cuyo coronel era el marques de Montemart, se habian sublevado como los demas, asi que, al principio de 1790 me hallé libre de todo empeño. Cuando dejé la Francia en 1791 la revolucion caminaba á pasos gigantescos. Los principios sobre que se fundaba eran los mios; pero detestaba las violencias que la habian deshonrado, y marchaba gustoso en busca de una independencia mas conforme á mis inclinaciones, mas simpática á mi carácter. En aquella misma época el movimiento de emigracion iba en aumento; pero como no habia combates, ningun sentimiento de honor me impelia á arrojarme contra mi opinion en la locura de Coblentza. Otra mas razonable emigracion se dirigia hácia las márgenes del Ohio; un pais libre ofrecia su asilo á los que huian de la libertad de su patria. Nada prueba mas bien el alto aprecio de las instituciones generosas, que el destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto, á un mundo republicano. En la primavera de 1791 me despedí de mi respetable y digna madre, y me embarqué en Saint-Malo; llevaba una carta de recomendacion del marques de la Rouairie para el general Washington. Mis compañeros de viage eran los seminaristas de San Sulpicio que su superior, hombre de mérito, conducia á Baltimore. Nos hicimos á la vela, y á las 48 horas perdimos de vista la tierra, y entramos en el Atlántico.»

Es pues constante que Mr. de Chateaubriand no emigró; si dejó la Francia no fue con el simple objeto de abandonarla; habia concebido un plan inmenso, y era preciso dar principio á su ejecucion. En nada menos pensaba que en descubrir el famoso paso al nordeste de la América, tentativa bizarra hecha y siempre sin resultado por el célebre Parry y el intrépido Franklin. Pero esto no era sino la conclusion de su empresa; empezó por visitar las vastas soledades de la América, y alli fue donde se reveló á sí mismo aquel grandioso talento descriptivo en el que ninguno le ha igualado, y aquel profundo afecto religioso que brilla en todas sus obras y que con tanta elevacion y poesía ha sabido espresar. Alli, en las chozas de los salvages, bajo la incierta proteccion de una hospitalidad dudosa, fue donde compuso sus primeras obras, en las que, como involuntariamente imprimió aquel sello original tan desconocido hasta entonces como la naturaleza y las costumbres nuevas que se proponia describir.

De América pasó á Inglaterra donde se dedicó asiduamente á ordenar las notas que habia tomado ó las obras que habia bosquejado en las soledades del nuevo mundo. En 1800, cuando el 18 de brumario le hubo abierto las puertas de la patria, y la libertad que habia degenerado en licencia concluia por el absolutismo, volvió á Francia con Mr. de Fontanes que siempre fue su amigo, y que tambien llegó á ser un célebre escritor. Desde entonces hasta 1814 publicó Mr. de Chateaubriand *los Mártires*, *el Itinerario de Paris á Jerusalem*, *y el Genio del Cristianismo*; obras admirables que constituyen sus mas preciosos títulos de gloria, como escritor, como filósofo y como cristiano. Poco se mezcló entonces en los negocios políticos, y no hubiera tenido ningun punto de contacto con el poder á no haber sido contínuamente amenazado y á veces perseguido.

Firmada la paz en 814 Mr. de Chateaubriand que habia dejado depositado en Lóndres un baul que encerraba todos sus manuscritos de América, trató de reclamarlo, pero ni se acordaba del nombre de la persona en cuya casa se habia hospedado ni del de la calle en que estaba situada; y solo á fuerza de eficaces y dilatadas pesquisas pudieron hallarse los herederos de aquella anciana señora: los hijos habian respetado el depósito confiado á su madre, y el baul se devolvió intacto. Mientras el nombre del autor se habia hecho célebre, una familia pobre poseia los medios de enriquecerse con aquellos manuscritos, pero ni aun se la pasó por la imaginacion, y la pareció mas sencillo respetar y devolver un depósito. Mr. de Chateaubriand hubiera debido revelar el nombre de esta honrada familia al reconocimiento de sus lectores.

En 31 de marzo de 1814 salió á luz el primer folleto político de Chateaubriand, y desde aquel instante perteneció á la política. Electo miembro de la academia francesa, creado despues par de Francia, y nombrado luego ministro de Estado fue siempre el hombre de su conciencia y de su conviccion. Adicto al principio de derecho hereditario porque le considera con razon como una prenda de la paz universal y como la mas fuerte garantía de la estabilidad de las instituciones, ha sido uno de los mas firmes apoyos de la libertad de imprenta, institucion vital, madre de todas las demas libertades, y mas de una vez ha tenido el honor de caer en desgracia por haber irritado al poder con su resistencia, ó por haber desagradado con sus enérgicas manifestaciones.

Estas fatalidades, estas injusticias las olvidó Chateaubriand en el dia de la caida, pues cuando todos prestaban un nuevo juramento, prefirió dejar de pertenecer á la cámara de los pares antes que olvidar el suyo, lo que consideraba como un perjurio. Hoy se halla fuera del círculo de la política, pero las letras han ganado en esta mutacion; sus nuevas obras lo acreditan.

«Ahora que me acerco al fin de mi carrera (dice él mismo), no puedo menos, al dar una ojeada por lo pasado, de reflexionar cuán distinta hubiera sido para mí esta carrera si hubiese llenado el objeto de mis viages. Perdido en aquellos mares solitarios, sobre aquellas playas hiperbóreas, donde ningun hombre habia estampado sus huellas, los años de discordia que tantas generaciones han destruido hubieran pasado en silencio sobre mi cabeza: el mundo hubiera cambiado en ausencia mia. Es probable que no hubiera tenido la desgracia de escribir; mi nombre seria ignorado, ó cuando mas hubiera adquirido una de aquellas pacíficas reputaciones que no despiertan la envidia y que proporcionan menos gloria que felicidad. ¡Quién sabe si hubiera vuelto á pasar el Atlántico, ó si tal vez me hubiera fijado en aquellas soledades descubiertas por mí como un conquistador en el centro de sus conquistas! ¡Es cierto que no hubiera figurado en el congreso de Verona ni me hubieran llamado *Escelentísimo* (Monseigneur) en el palacio de negocios estrangeros.»

No cabe duda, veinte páginas de los *Mártires* han adquirido mas gloria á Mr. de Chateaubriand que honor ha podido proporcionarle el haberse oido llamar *Escelencia* en una secretaría del despacho. Si es esto lo que quiere decir cuando habla con ese desden de buen gusto, no habrá uno que no esté de su acuerdo: pero nosotros debemos decir por él lo que ha cuidado de pasar en silencio; y es que salió del ministerio mas pobre de lo que era antes de su entrada; los fondos públicos pasaron por sus manos sin dorarlas; y el que supiera hablar de religion y de moral

en términos tan brillantes y poéticos dió en los negocios públicos un práctico ejemplo de alta moralidad.

POESIA.

Se ha publicado un cuento romántico con el título de *Blanca*; obra de D. J. F. Diaz, que es otro de los jóvenes que parecen inclinados à reemplazar en las filas de nuestro Parnaso los huecos que la política deja todos los dias. El cuento de que tratamos està dedicado por el autor à su compañero y amigo D. Gregorio Romero y Larrañaga, autor del otro cuento titulado *El Sayon* de que hablamos ya en uno de nuestros anteriores números; y con efecto el de *Blanca* parece producido por la impresion de la lectura de aquel, en términos que no pocas veces desearíamos que el autor no se hubiese dejado arrastrar aunque involutariamente de ella. Entre los trozos notables en esta composicion parécenos del caso trasladar como muestra el siguiente.

EL CONVENTO.

Diez veces sus rayos el sol ardoroso
al mundo adormido benéfico envió,
diez veces brillara despues que animoso
el noble Rodrigo peleando murió.
La noche empezaba del décimo dia,
tristísima, oscura que infunde pavor;
el trueno de cerca terrible se oia,
el rayo despide su vivo fulgor.
Un bulto medroso de negro capuz,
de atléticas formas, de triste mirar
inmóvil se viera al pie de una cruz,
al Dios de bondades su rezo elevar.
Confusos se oyeran mil ayes y mil
salir de su pecho que oprime el dolor:
el llanto oscurece su faz varonil
que un tiempo brillara con bélico ardor.
El trueno sus ecos de horror repetia,
el agua con fuerza las nubes rompió,
y el ser estasiado rogando seguia
eterno descanso á aquel que murió.
De tiernas doncellas el canto se oyera,
sus voces el aire repite do quier,
el agua á torrentes continuo cayera,
y un rayo en el bosque se vió descender,
Un gótico alcázar de rara estructura
se ostenta en el bosque do el rayo lució,
y el hombre embozado dejó su postura,
y en medio el alcázar veloz se lanzó.
Hincadas de hinojos delante el altar,
diez vírgenes puras en todo serian,
sus tiernos acentos al cielo elevar
en llanto bañadas, distintas se oian.
La bóveda inmensa do el canto sonó
de negros tapices veíase ornar;
augusto silencio en ella reinó,
y solo la vírgen le osára turbar.
Un túmulo en medio la iglesia se alzaba
de luces sin cuento rodeado se mira
un bulto á lo lejos del túmulo estaba,
que oyendo los ruegos el triste suspira.
Las preces postreras de aquel que murió,
de nuevo en el templo se dejan oir,
y en ella mezclado un nombre sonó
que al hombre enlutado le hiciera gemir.
El rito sagrado su fin ya tocara,
las puras doncellas pasean la cruz;
y triste, lloroso á un lado se hallara,
inmóvil el bulto del negro capuz.
Los ruegos cesarán cual mágico encanto,
bien pronto do quiera silencio reinó;
empero, afligido, bañado en su llanto;
el hombre encubierto del templo salió.

El mismo Sr. Diaz nos ha dirigido otra composicion suya *inedita*. Héla aqui.

EL SOLDADO.

En medio de espesa niebla,
del humo de cien cañones
disparados;
y cuando los aires puebla,
el ruido de los bridones
incitados.
Al pie de un mortero
que muertes lanzaba,
el rostro ostentaba
cansado guerrero:
De sangre caliente
do quiera teñida,
la mecha encendida
refleja en su frente.
Y al duro estampido
del bronco cañon;
de triste cancion
entona el sonido:
Y decia:
»¡Laura mia!
»yo te amaba
»y con tu puro amor me enagenaba.
»Aun te adoro
»y te lloro,
»que mi amor
»se marchitó cual agostada flor.
»Al pasar,
»de dejar,
»al que amaste,
»de Rodrigo y del mundo te alejaste.
»¡Ah! en la fosa,
»do reposa,
»la que amé,
»á reunirme con ella tornaré.»
Hendir entonces el viento
se viera el plomo abrasado,
con pavor;
Y volar al firmamento
el cráneo despedazado,
del cantor.
Solo un grito
se escuchara,
que sonara
»¡Laura mia!»
Y los ojos
del soldado,
han brillado
de alegría.

Juan Francisco Diaz.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1840.